

XOLOPES

JUANJO CONTI

Automágica

Edición automágica, 2013-2014.

Autor: Juanjo Conti

Corrección: Lis Gariglio

Diseño de portada: Melisa Puccinelli

Fotografía de cubierta: Cecilia Puccinelli

Xolopes lleva la licencia *Creative Commons Attribution - Non-Commercial - ShareAlike 3.0 Unported License*. Esto significa que podés compartir esta obra y crear obras derivadas mencionando al autor, pero no hacer un uso comercial de ella.

Más información sobre este libro: <http://www.juanjoconti.com.ar/xolopes>

Más libros del autor: <http://www.juanjoconti.com.ar/libros>

Un libro invisible escrito a la vista de todos.

Xolopes
*está dedicado a mi papá y a mi mamá
que me enseñaron a leer
y a amar.*

Amo, por eso escribo.

 ~ 1 ~

Conté una ficción en lugar de la realidad para proteger a las personas.

 ~ 2 ~

Algunos, un día antes, no saben dónde van a viajar. Entran a un sitio en Internet, elijen la mejor oferta, manejan hasta el aeropuerto y ¡buen viaje! Otros, más previsores, nos pasamos cinco meses mirando mapas y tenemos el viaje pago desde hace tres.

 ~ 3 ~

SFE
ROS
EZE
MEX
CUN
PLA

 ~ 4 ~

Escuché dos amigas discutir:
—¿Y si vamos a un *hostel*?
—Estás loca —le dijo una a la otra—. Si vamos a Cancún, vamos a un *all-inclusive*.

El *Heraldo de Quintana Roo* informa: «Ocho detenidos por robo en un hotel cinco estrellas».

Tres de los apresados son extranjeros. El robo se produjo el domingo a la noche; se llevaron el dinero de una caja de seguridad ubicada en el hotel. El botín también incluye joyas de la esposa del dueño.

Fuentes policiales informaron a este medio que un encargado del hotel fue golpeado y maniatado.

Aparentemente, la caja fuerte no fue violentada e intentan establecer cómo los ladrones pudieron abrirla sin el código de seguridad.

Se recuperaron algunas joyas del botín, pero el paradero del grueso del dinero aún es un misterio.

Hay ocasiones en las que los términos medios parecen no existir. Me acordé de un pasaje de mi infancia: «O frío o caliente, a los tibios los escupiré de mi boca», me citaba a Jesús un amigo testigo de Jehová cada vez que me ponía dubitativo entre ir o no a jugar a la pelota.

Auto, colectivo o *transfer*, de una forma u otra, todos llegamos al aeropuerto. Una vez ahí, a armarse de paciencia. Esperar que el vuelo aparezca en las pantallas, que no esté



retrasado, ir al mostrador, despachar las valijas, ¿no me habré excedido en el peso? Dieciséis kilogramos, me sobró lugar. Luego a esperar nuevamente, pre-embarque, embarque y ahora sí. Estoy sentado en el avión. Una mole de miles de toneladas de acero alrededor mío. Ubicado en un reducto ínfimo, incómodo. Miro para los costados y los demás parecen estar en otro mundo. Algunos juegan con sus teléfonos, otros miran la pantalla o leen una revista. ¿Cómo pueden estar tan tranquilos? ¿No se dan cuenta de que en menos de un minuto el capitán va a encender los motores, o ya los tiene encendidos pero los va a utilizar, y vamos a pasar todos de estar en la seguridad de tierra firme a estar en la nebulosa, en un limbo? Ahí pasó una azafata y me pidió que me ajuste el cinturón y ponga derecho el asiento. Me empiezan a transpirar las manos. El avión se ubica en la punta de la pista de despegue. Empieza a carretear. No puedo evitar sentirme en el lomo de un pterodáctilo que corre por la pista. Aguanto la respiración. Repaso las oraciones de un rosario como si quisiera ametrallar con mis palabras al pelado de adelante. El corazón me late. Y ahora, de un momento para otro, dejo de sentir el rugoso asfalto bajo las ruedas del avión que ya se han despegado de él y lentamente, imagino, vuelven a formar parte de la mole de acero. Suena una campanita y se apaga el cartel luminoso que indicaba que nadie podía levantarse. «Hemos pasado los diez mil metros de altura», anuncia el capitán.

—Argentina.

—*Where is that? Somewhere in Mexico?*

∞ 9 ∞

Al final fuimos a un *all-inclusive*. Una pulcerita, comida y bebida gratis en abundancia, todo el día, todos los días.

Yo me consolaba solo diciéndome que así ya tenía resuelto el tema de la comida. Soy celíaco, intolerante a la lactosa, abstemio y tengo colon irritable. No pude comer nada.

∞ 10 ∞

Vas caminando por un bosque oscuro, sentís una presencia a tu espalda y en lugar de darte vuelta empezás a correr y a correr. Te tropezás, caés, te levantás y seguís corriendo. La presencia, atrás, está cada vez más cerca. Adelante ves un precipicio, no tenés tiempo siquiera para pensar lo, seguís corriendo hasta que saltás. Mientras vas cayendo, te despertás. Estás en el asiento del avión. Otra vez te dormiste y otra vez te despertaste. Mirás el reloj; es la tercera vez en la última hora. Notás movimiento unas filas más adelante; un hombre grande y rubio se mueve como si lo estuvieran electrocutando. Las personas de los asientos contiguos se levantan asustadas. Más movimiento. Una azafata te pasa por al lado corriendo. Escuchás al capitán preguntar si hay un médico a bordo. El viejito sentado dos lugares más allá se levanta. Ahora, el hombre rubio está tirado en el piso del avión. Alguien le practica técni-

cas de reanimación. Ves cómo arrastran al hombre rubio detrás de unas cortinas.

∞ 11 ∞

Lo lindo de tomar excursiones es que te sale más caro que si vas por tu cuenta. Te buscan a las siete de la mañana, pero hasta las diez no dejan la ciudad (hay que buscar al resto de los excursionistas) y, una vez en el destino, no tenés tiempo de recorrer tranquilo porque el guía te va ametrallando datos que no vas a recordar a la salida del lugar. No.

∞ 12 ∞

Ayer, de pasada, escuché a dos mozos hablar sobre el agujero de la cerradura de una de las habitaciones. No alcancé a escuchar exactamente a qué habitación se referían, pero decodifiqué un «setecientos cuarenta y...» y vi que uno de los dos hacía gestos obscenos mientras el otro se reía a carcajadas. En un día nublado y con lloviznas en la península de Yucatán y sin nada que hacer, dejé el área de desayuno y me fui caminando hasta el bloque siete.

∞ 13 ∞

Chichén Itzá. Vocablo maya. Chichén: boca del pozo. Itzá: brujos de agua. Es uno de los principales sitios arqueológicos de la península de Yucatán, en México, ubicado en el municipio de Tinum, en el estado de Yucatán.



Volvés a escuchar la voz del capitán. «Les habla su capitán. Hay una persona descompuesta y no estamos pudiendo ayudarla, por lo que vamos a lanzar el combustible al mar y aterrizar en Recife». Sentís la fuerza del avión regresando. Media hora después, aterrizan. Más movimiento. No pasan cinco minutos cuando volvés a oír al capitán. «Les habla su capitán. Lamentablemente tengo que informarles que el pasajero murió».

Al llegar al hotel, mientras nos llevan junto a nuestras valijas en un carrito de golf hasta la zona de las habitaciones, vemos una escena curiosa. Un simpático personaje (luce la misma ropa que el chofer del carrito de golf, aunque es claramente más viejo) está parado sobre un banquito (como casi todos los empleados, apenas si supera el metro cincuenta) hablando a través de un megáfono.

«No existe, compañeros, una ley específica sobre salarios mínimos en México. Sin embargo... Sin embargo, en la Constitución Política de México, Art. 123, Sección VI, se encuentra el sustento legal para nuestros salarios mínimos generales, compañeros. Es principalmente la Ley Federal del Trabajo la que contiene la regulación de los salarios mínimos. Entre los Art. 90 y 97, están sus características principales.

«El salario mínimo en México es de 60,66 dólares diarios, lo que equivale a 4,4 dólares. Esto resulta insuficiente para cu-

brir las necesidades de una familia. En la constitución mexicana, compañeros, se determina que la Comisión Nacional de Salarios Mínimos, integrada por el gobierno más empleadores y trabajadores, será la responsable... será la responsable de fijar los salarios mínimos cada año. A pesar de este esquema, el salario mínimo ha perdido un 80 % de su poder adquisitivo desde 1882».

—¿Quién es ese? —le pregunto al conductor.

—¿Ese? Ese es el viejo Gaspar.

∞ 16 ∞

—En el último grupo que traje había un hombre que me mostraba contento unas monedas que le habían dado de cambio en uno de los puestos de artesanías. «Dolares maya», le dijeron. «Un dólar americano, un dólar maya». Eran quetzales, la moneda de Guatemala. Tengan cuidado.

∞ 17 ∞

El mar y la playa son como un libro inmenso, un libro infinito, que día a día va pasando sus páginas. Cada ola sobre la arena que trae algo y se lleva un poco puede verse como una hoja de ese libro que alguien va pasando.

Los glifos con los que se escribe son marcas en la arena. Un cuadrado que delimita una cancha, un corazón que dice J y C, un castillo.

Una vez en el bloque siete, subí las escaleras hasta el piso cuatro y, mirando el amplio pasillo, me puse a pensar cuál de los picaportes sería el custodio del entretenimiento de los mozos. Sin nada que me dé una señal, empecé a apoyar la oreja en cada una de las puertas.

Estaba apoyado bajo un lustroso número 744 cuando la superficie que me sostén se esfumó. La puerta se había abierto y yo caí, despatarrado y haciendo mucho ruido, a los pies de una señorita de zapatos rojos con taco aguja.

Caminando por Tulum:

—Podemos acortar camino por acá; lo que no está prohibido está permitido.

Después de haber pasado una hora, el clima del avión es tenso. Te preguntás qué mierda estará pasando cuando volvés a escuchar la voz del capitán. «Les habla su capitán. Tengo que informarles que se ha encontrado cocaína en las pertenencias del pasajero y la policía local no nos permite continuar el viaje hasta realizar los peritajes necesarios en el avión».

Ves a un padre con su bebé en brazos a las puteadas. Lo mandan a primera clase, igual que hicieron con los que estaban en la misma fila que el hombre rubio. Suben oficiales de

policía al avión, sacan fotos al asiento del pasajero muerto, toman muestras y, por último, se llevan la funda del asiento. Pasan dos horas más y el capitán anuncia que aún no han conseguido combustible para reponer el volcado en el océano. Es probable que tengan que dejar el avión, pasar la noche en un hotel y continuar al día siguiente. Un brasileño se ríe.

—Es que —te cuenta—, Brasil le exige visa a los norteamericanos igual que Estados Unidos le exige visa a los brasileños. Los van a hacer renegar un buen rato —te dice.

—De toda la fauna humana que se puede ver rebotando por Playa del Carmen, uno de los especímenes más curiosos son los mochileros. Hombres o mujeres, en su mayoría de entre veinte y treinta años (aunque hay excepciones), que se trasladan de una ciudad a otra, de un país a otro o de un continente a otro, cargando en sus espaldas todo lo que necesitan para subsistir. Estos caracoles humanos se caracterizan por intentar gastar la menor cantidad de dinero posible a la vez que maximizan las experiencias vividas. Su lugar predilecto para pernoctar son los *hostels* en el centro de la ciudad, pero si alguien les ofrece techo a cambio de trabajo o algún tipo de acuerdo similar, no dudan en aceptar.

«Si los clasificamos por su modo de viajar, podemos distinguir dos grupos principales: los ahorristas y los buscavidas. El primer grupo suele viajar durante períodos de tiempo más cortos y cuando se les termina el dinero ahorrado para el viaje, vuelven a su lugar de origen, trabajan por un tiempo determi-

nado y vuelven a salir a la aventura. El segundo grupo está formado por personas que alguna vez fueron ahorristas pero se cansaron de tener que interrumpir constantemente el viaje de la vida por algo tan insignificante como el dinero. Es por eso que en un punto del camino deciden no regresar y encuentran formas alternativas de vivir, bajan sus expectativas de confort y sus travesías duran años. Los hay malabaristas, vendedores, recepcionistas...

«¡Yo? No, yo estoy parando en el *Ocean Beach Caribbean Resort*. No, nunca salí con la mochila. Lo que te estoy contando lo vi en un documental».

Bitácora de la revolución rebelión. Día 1. Hoy, durante la hora libre, que en realidad son cuarenta y seis minutos, nos hemos reunidos con los compañeros alineados a la causa con el objetivo de trazar líneas de acción, orientadas a poner en marcha un plan que nos permita obtener las mejoras laborales que venimos reclamando durante los últimos años y que la administración del hotel se ha negado sistemáticamente a concedernos. A saber:

1. reducción de la jornada laboral de catorce a nueve horas con una hora de descanso;
2. aumento del salario mínimo de mil trescientos pesos a cinco mil pesos.



Como la negativa ya fue afirmada y reafirmada, hemos decidido recuperar estos derechos a la fuerza. Aunque «a la fuerza» tal vez no sea la expresión correcta. Utilizaremos más bien el ingenio. Nos vamos a valer de los turistas para lograr nuestro objetivo.

◆ 23 ◆

La chica que me miraba desde su altura más la de los veinte centímetros de los tacos me empezó a hablar en una lengua que no reconocí. Me levantó del hombro (era muy fuerte y, sumado a la pista del idioma, intuí que era rusa o ucraniana, medallista olímpica de lanzamiento de martillo, ¿por qué no?). Evidentemente se pensó que yo era personal de maestranza o algo parecido, porque con unas palabras que adiviné como insultos me señalaba el reloj y a los empujones me llevó hasta el baño de la habitación donde cataratas de agua emanaban por todos los elementos de grifería.

◆ 24 ◆

«Les habla su capitán. Les informo que hemos podido reabastecernos del combustible necesario para continuar el viaje. En cuarenta minutos iniciaremos el despegue». Ya pasaron seis horas desde el aterrizaje y es de noche. La mayoría de los pasajeros están dormidos y vos, desvanecido, te dormís cuando el avión está despegando.

Acostumbrado a arreglar las cosas en casa, me arremangué para revisarle la cañería a la señorita. (Por favor, absténganse de malos pensamientos que esta no es ese tipo de historias). Estuve escarbando, destrabando, soplando, desenrosmando, girando, palpando, doblando, estirando, sacudiendo, estrujando y reensamblando alrededor de media hora hasta que en una de las secciones de la cañería encontré, atascado, cien kilos de papel higiénico y descartables de aseo personal, varios condensados en una pelota de cinco centímetros de diámetro.

Como un héroe que rescata una mascota, se la mostré a la ucraniana (ya la había bautizado así en mis pensamientos) y me hizo cara de asco. Tiré la pelota en el cesto de la basura y procedí a lavarme las manos, los antebrazos, los codos, los brazos y hasta la nuca; era una limpieza sin fin. Una vez presto y rechinando de limpio, volví mi atención a la señorita. El agua ya no brotaba a borbotones y su pesadilla cloacal parecía haber terminado. Me tomó de las manos y vi en sus ojos el deseo de agradecerme. Casi lágrimas le provocaba la emoción y la impotencia de no poder hablarle en mi idioma natal. Miró con el rabillo del ojo la cama matrimonial y a mí se me aceleró el corazón. En ese momento escuché la llave, el picaporte y la puerta.

—Vamos a descansar un rato porque todavía tenemos que caminar «del dicho al hecho».

∞ 27 ∞

El *Folha de S. Paulo* informa: «Africano muere durante vuelo con 104 cápsulas de cocaína en el estómago».

El sudafricano Louis Hendrik Smith, de 34 años, murió esta tarde durante un vuelo entre Argentina y México, se presume por sobredosis de cocaína. Fuentes de la Policía Federal informan que Smith había ingerido 1,7 kg de droga, divididos en 104 cápsulas. Una de ellas, con cerca de 16 g de sustancia, se rompió en el estómago del pasajero.

Luego de un aterrizaje de emergencia, el pasajero fue atendido por dos médicos, pero estos no pudieron hacer nada porque ya estaba muerto.

Las autoridades policiales retiraron el equipaje del pasajero del avión y liberaron a los restantes 308 pasajeros y 17 tripulantes para que continúen su viaje a las doce de la noche. Según la superintendencia de la Policía Federal, todo indicaría que la víctima compró e ingirió la droga en Argentina.

∞ 28 ∞

La zona arqueológica de Chichén Itzá fue inscripta en la lista del Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1988. El 7 de julio de 2007 fue reconocida como una de las nuevas siete maravillas del mundo moderno por una iniciativa priva-

da sin el apoyo de la Unesco, pero con el reconocimiento de millones de votantes alrededor del mundo.

Desde ese día no está permitido subirla.

∞ 29 ∞

No miento si digo que podría ser doble de riesgo de Arnold Schwarzenegger. El marido de la ucraniana era tan ancho de espalda como yo de alto. Tenía una malla celeste con flores verde flúor y un toallón colgado de la espalda. Cuando me vio, el rostro se le transformó y empezó a gritarle a su mujer. Puteadas en ucraniano, supongo, *obolonka tvoyei sestry, ty su-ka, podyvit'sya na mudaka Ty shcho, zhartuyesh*. Después me miró a mí. Tenía la piel roja por el calor del momento y me mostró su dentadura lobuna. Voy a resumir lo siguiente que pasó diciendo que me hizo todo lo que yo le hice a las cañerías de su habitación, pero con menos delicadeza. Cuando pude escaparme y salir de la setecientos cuarenta y cuatro, me encontré a los mozos espiando por la cerradura, muertos de risa.

∞ 30 ∞

Algo que no conté del tipo del avión es que cuando me subí estaba sentado en mi asiento, el 32B. Se confundió; el suyo era el 23B. Cuando me desperté, con todo el movimiento, no me di cuenta, pero antes de bajarla la vi; debajo del 32B, estaba su billetera. Me di cuenta por las fotos en las credenciales. Ya estábamos en México, ¿qué iba a hacer? ¿Lle-



varla a la policía?, ¿la policía de México se la iba a llevar a la policía de Brasil?, ¿a la de Sudáfrica? Mucha logística y yo estaba arrancando las vacaciones. Me la guardé en la mochila para después tirarla. Sí, es verdad. No suelo tomar las mejores decisiones.

∞ 31 ∞

Vengo caminando desprevenido y ataca un vendedor.

—*One dollar.*

Lo corto en seco y sigo caminando:

—No hay plata.

—¿Argentino? Mitad de precio. Algo para la suegra. ¡Un recuerditito! —me grita para que lo escuche.

Me doy vuelta y contesto:

—No se lo merece.

El tipo sonríe mostrando los dientes que le faltan y remata:

—También tenemos cuchillos.

∞ 32 ∞

Hace unos años leí esta historia en un post en el blog de Fede Heinz; ¿lo tenés? El de barba y pelo largo. Bueno, te decía que me acordé de esta historia. Te la paso porque te puede servir para la novela:

«En el primer día de sus vacaciones en el Caribe, Martín salió a matar. De abajo para arriba, llevaba ojotas, bermudas rojas, camisa floreada, amplia para disimular la “zapán” y abierta para que se viera la cadena de oro, anteojos negros con

marco de metal dorado y la gorra del Club Atlético Talleres (no por seductor iba a renegar de sus sentimientos más profundos). Entró a la playa con el pecho hinchido, consciente de que las minas lo miraban. Con su andar recio, tirando arena para arriba con el talón de las ojotas a cada paso, se dirigió a un sillón de playa sobre el que se recostó con un profundo suspiro de placer.

Tanto despliegue de masculinidad, por supuesto, no podía pasar desapercibido; al fin y al cabo, las mujeres tampoco son de palo y menos en esas latitudes en las que el sol y la naturaleza mantienen la sangre siempre efervescente. Había estado escasos minutos sobre el sillón cuando escuchó una voz melódica que le preguntaba “*Would you mind spreading some sun lotion on my back?*”. Martín no hablaba una palabra de inglés, lo que no le impidió comprender la pregunta, porque pocas cosas hay más cercanas a un lenguaje universal que la imagen de una morena pechugona, apenas cubierta por una minúscula tanga, extendiendo un frasco de bronceador con la mano derecha, al tiempo que, con la izquierda, se frota demostrativamente el hombro opuesto. Haciendo un enorme y fútil esfuerzo por mantener la calma, Martín se levantó y procedió a esparcir el bronceador sobre el dorso de la ninfa. Ella festejaba con leves gemidos de placer cada uno de sus movimientos, que iban haciéndose cada vez menos enérgicos y amplios a medida que él se daba cuenta de que, a ese ritmo, la espalda se le acabaría enseguida.

Como muestra de agradecimiento, y por señas, ella le ofreció compartir con él un trago en el bar de la playa. Allí, en virtud de la insuperable barrera idiomática, la conversación se

limitó a un constante intercambio de sonrisas que, ocasionalmente, estallaba en inexplicables carcajadas. Brindaron, bebieron el uno de la copa del otro, se hicieron caras y sin previo aviso, Martín se encontró con un pie de ella suavemente apoyado en su entrepierna, lo que cambió de inmediato la naturaleza de su sonrisa.

No habían aún terminado el segundo trago cuando se acercó a la mesa otra muchacha, más hermosa, exuberante y desnuda que la primera (si tal cosa cabía), quien saludó a la morena con un beso en la boca. Intercambiaron breves frases en inglés, lanzando de vez en cuando risitas y miradas pícaras en dirección a Martín. De alguna manera, se las arreglaron para preguntarle al oído si no quería acompañarlas a la habitación del hotel, donde las estaba esperando otra amiga.

El hotel no estaba lejos y la puerta se abrió para revelar a la más bella, voluptuosa y desnuda de las tres, quien los esperaba con tragos servidos. Martín tardó un momento en darse cuenta de la presencia de otro hombre en la habitación y, pese a que su aspecto era agradable, sintió cierto temor. El extraño resultó ser un centroamericano muy cordial, de nombre Carlos, que al ver que Martín no hablaba inglés, inició una charla con él para que no se sintiera tan aislado.

Comenzó hablándole de la belleza del hotel y de la comodidad de las habitaciones. Mientras una de las chicas abrazaba a Martín por detrás, metiendo su mano bajo la camisa y pellizcando sus tetillas, Carlos alababa las artes de los cocineros y observaba las ventajas de estar tan cerca de la playa. Tironeado entre sus sentimientos de urbanidad y solidaridad que le impedían dejar hablando solo a un hermano latinoamericano

y su libido que constantemente le hacía desviar la vista hacia las otras dos amigas que se besaban y acariciaban sobre el sofá, Martín simulaba escuchar las apreciaciones de Carlos acerca del impecable servicio de seguridad y la altísima calidad de la atención, comparable solo a la de los hoteles cinco estrellas.

Martín pasó todo el día siguiente tratando de reconstruir cómo y por qué había salido de la habitación sin siquiera haber tocado a las niñas, pero sobre todo no conseguía recordar en qué momento había firmado el contrato que lo hacía acreedor, por las siguientes dos décadas, a una habitación del hotel en tiempo compartido, diez días al año, del 3 al 13 de junio, por una módica cuota mensual más servicio de mucama, seguros, gastos comunes, administrativos y colaterales, sellados, prima de mantenimiento, comisiones e impuestos».

~~ 33 ~~

—¿Lo viste al flaco ese? Un solo machucón. Para mí que se cayó de la pirámide de Cobá.

~~ 34 ~~

En mi quinta noche en México, solo en la habitación del hotel, me acordé de la billetera del sudafricano, la «mula». Cualquier persona la hubiese dejado ahí, en el piso del avión, o se la hubiese dado a una azafata y listo. Señorita, encontré esto en mi asiento; tome; gracias; no, de nada. Listo, chau, vacaciones. Pero yo no, siempre tuve esa enfermedad de creerme



detective o policía o a veces ladrón. Esa necesidad de adrenalina, teórica, porque si veo un arma o sangre, seguro me meo encima.

∞ 35 ∞

Paseando por Chichén Itzá, otro vendedor de estatuitas que nos grita mientras pasamos:

—Chica, elija el que le gusta, el chico paga.

∞ 36 ∞

En la billetera del sudafricano, al que le explotó la cápsula de cocaína adentro, encontré cuatrocientos dólares, identificaciones y una tarjeta. La tarjeta era blanca y en letras de molde negras tenía tatuada una dirección. Del otro lado, tenía el dibujo de un ángel con las alas rotas. La dirección era en Cancún, en un lugar alejado de la línea de hoteles. Una tarde me tomé el colectivo y me acerqué al lugar. No pensaba tocar el timbre con cara de feliz cumpleaños, ni siquiera pisar la cuadra, solo dar una vuelta, pasear, ver el barrio e imaginarme historias. Siempre estoy imaginando policiales.

∞ 37 ∞

—Esto es obsidiana. Piedra volcánica. Los mayas la obtenían a través del comercio con otros pueblos. Tiene propiedades energéticas. Tóquenla, tóquenla. Vean cómo se vuelve dorada al sol. Yo tengo una de estas en mi casa dentro de un

recipiente con agua para que atrape las energías negativas. En luna llena, tienen que cambiar el agua.

«Los reyes la usaban como ornamento por su belleza y los guerreros como punta de flecha por su dureza. Hoy es usada en los centros de belleza para hacer masajes y se hacen cuchillas de obsidiana para usar en cirugías de ojo o corazón porque su filo es mucho más delgado que el de los escalpelos de acero. Los cortes hechos con las cuchillas de obsidiana son más finos y causan menos daño al tejido, permitiendo que el cuerpo sane antes.

«¿Cuántas van a llevar? Cincuenta dólares las grandes, diez dólares las más chicas».

—¿Cuál le gusta? Buen precio. Más barato de este lado.
¿Habla español? ¡Le hago un descuento si habla español! ¿España?

—No.

—¿Portugal?

—No.

—¡Argentina! ¡Amigos de Francisco!

Ese día tomé lo que en perspectiva parece una decisión muy tonta, pero juro que en el momento me sentí muy listo. Dejé mi billetera en el hotel porque no quería que me la robaran. Maldije la decisión recién cuando sentí un arma en la

espalda y una voz áspera al costado del oído, que me preguntó por qué miraba tanto hacia la casa del patrón.

Dos matones vestidos con traje negro y camisa color vino tinto me llevaron a los empujones hasta dentro de la mansión,emplazada en la dirección que aparecía en la tarjeta que guardaba en la billetera, que esa mañana puse en el bolsillo trasero izquierdo de mi pantalón.

∞ 40 ∞

—Una mañana vimos un chancho corriendo por la playa, en paralelo a la línea del mar. Bueno, paralelo y línea son formas de decirle a las curvas en movimiento que va describiendo el agua sobre la arena. Es un movimiento oscilatorio, senoidal casi te podría decir. Es que soy profe de matemáticas y siempre estoy buscando nuevos ejemplos para los chicos. Bueno, te decía que una mañana vimos un chancho corriendo. Y atrás, no me lo vas a creer, blandiendo la hoja metálica de su cuchilla, el cocinero del hotel.

∞ 41 ∞

En la playa no hay Doctor Mora, escribano Peretti o ingeniero Zimmerman. Ese gordito que ves corriendo en patas hasta llegar al agua y que se tira de panza pudo haber estado la semana pasada haciendo una operación a corazón abierto en el Hospital Cullen. El flaco huesudo con sombreo de pescador que se pone protector solar factor 40 en todo el cuerpo y que camina en puntitas de pie para no quemarse con la arena pu-



do haber sido el intermediario en un negocio millonario con una empresa china. Ese que salta y remata pero deja la pelota contra la red en el voley playero puede ser un empleado de Techint en vacaciones.

~~ 42 ~~

—*What happened with Mr. Louis H. Smith?*

—¿Eh...? ¿Dónde estoy? ¿Quiénes son ustedes?

—¿Qué pasó con el Sr. Louis H. Smith? Lo estoy esperando hace ya unos días. El tenía que traerme un paquete muy importante y estoy a punto de perder la paciencia. Por suerte, parece que lo mandó a usted a arreglar cuentas con nosotros.

~~ 43 ~~

—Esta noche las costillitas de cerdo están menos grasosas que ayer. Pasame otra.

~~ 44 ~~

—Estábamos desayunando cuando nos llegó el comentarista. A la mañana, en la arena, bajo un árbol de ceibas, apareció muerto un turista. Tenía marcas en todo el cuerpo, como de animal. Escuché a alguien decir que era el argentino de la habitación 189. Nosotros estamos en la 188 y lo recordé. Alto, cincuenta años, bigote recto. Estaba bronceado porque hacía más de una semana que estaba acá. Todos los días en la pla-

ya. «Se cocina vuelta y vuelta», había bromeado con mi hijo. Profesor de matemáticas, me dijo que era.

∞ 45 ∞

—La primera vez que escuché el nombre *Playa del Carmen* me imaginé a un montón de viejas gordas con malla enteriza tiradas en la arena. Te lo juro. Con ese nombre no pude hacer otra cosa que pensar en mi tía: Carmen.

∞ 46 ∞

En la biblioteca junto a la piscina hay unos doscientos libros. Una señora repasa los títulos, impronunciables, moviendo los labios.

—Yo tampoco encontré ninguno en español.

—Es que esos libros son regalos de huéspedes para otros huéspedes —interviene el muchacho que cambia las toallas, y continua—: Y, como buenos latinos, ninguno regala nada.

—Vuelva a buscar mañana señora, que voy a dejar uno mío.

—Se refiere a uno escrito por él —aclara mi esposa y me sonrojo.

—Lo va a distinguir fácil, porque es finito.

—¿Y qué escribís? —se interesa el marido de la señora.

—Cuentos.

—Ah... hay que tener imaginación para eso.

—No tanta, me la paso recogiendo voces de otros.

En el almuerzo, el tema del hombre que apareció muerto en la playa ya era *vox populi* y se habían elaborado al menos diez hipótesis diferentes acerca de lo que le había pasado: robo y muerte con arma blanca, borracho dormido comida de animales salvajes, atropellado y abandonado, asesinado en otro lugar y dejado ahí para despistar a la policía, y algunas otras que ahora no me acuerdo.

Estaba justamente repasando estas hipótesis (debo admitir que con cierto entretenimiento, ya que soy aficionado a los acertijos) con otra pareja cuando el mozo que nos servía la bebida se quedó mirándonos, como congelado.

—¿Qué le pasa, hombre? —le pregunté. Y el tipo seguía absorto.

Se volvió hacia mí y me lo dijo: Utz-Colel.

—Las comunidades maya que pueden ver al costado de la ruta aún conservan muchas de sus costumbres. Por ejemplo, duermen en hamacas en lugar de camas. Esto es porque son más frescas y les permite protegerse de los bichos. Usan la hamaca para todo, para dormir, descansar, tener descendencia... Es la famosa hamaca de San Andrés, «donde se acuestan dos y amanecen tres».

Todas las mañanas, a las nueve y cuarto, los miembros del equipo de animación del hotel se aparecen por el comedor donde se está sirviendo el desayuno, toman un plato, lo cargan de fruta y se sientan a desayunar con algunos de los huéspedes. Charlan amigablemente en español, inglés, alemán o francés.

Con sus pantaloncitos azules y remeras amarillas van completando los huecos del tablero, que son las mesas en el salón *Estrella de mar*.

Una señora que come sola y con quien no se ha sentado nadie en toda la semana resopla y se le escucha decir, despechada:

—Les pagan para eso.

—Cancún. Can-Cún, dos palabras maya. —El guía nos hablaba despacio como si no habláramos todos español—. *Can* significa «nido» y *cún* «serpiente». Hace veinte años, este lugar estaba lleno de serpientes, no había medios de comunicación, no llegaban proveedores, faltaba la comida y la gente vivía de forma muy precaria. Luego llegaron los hoteles, las cadenas, e hicieron la ciudad a su imagen y semejanza. Cancún, nido de serpientes. No lo repitan en sus países. No es buen nombre para el turismo.

—Muchos mayas dejaron de trabajar la tierra para ir a trabajar a los hoteles. El hombre blanco les ofreció dinero a fin de mes, ropa a medida y zapatillas blancas. Fíjense que la mayoría de las personas que trabajan en los hoteles donde ustedes se alojan son chaparritos. Uno cincuenta, uno sesenta como máximo. Y algo que tal vez no vean, una característica genética que conservan los mayas de sangre pura: dos lunares color lila en la cintura.

Hace muchos años, antes de que el hombre blanco llegue a Yucatán, en un poblado de nombre olvidado vivían dos mujeres. Una se llamaba Xtabay y era llamada Xkeban (que significa «prostituta, mujer mala o dada al amor ilícito») y la otra se llamaba Utz-Colel, «mujer buena, decente y limpia».

Xtabay estaba enferma de amor y de pasión y prodigaba su hermoso cuerpo a cuanto hombre lo deseara. Utz-Colel, en cambio, jamás había cedido a ningún amor carnal, nunca había cometido ningún pecado amoral.

Xtabay era de gran corazón. Generosa, siempre estaba ayudando a los demás. A los ancianos, a los niños e incluso a los animales que otros desechaban. Vendía joyas y finas túnicas que sus enamorados le regalaban para poder ayudar a quien la necesitaba. Utz-Colel, por su parte, bajo su apariencia dulce y cándida, era fría, orgullosa y de corazón duro.



La semana que estuvimos en Cancún, cruzamos a Isla Mujeres. Es chiquita, nueve kilómetros de largo. La recorrimos entera en un carrito de golf que te alquilan ahí. En el ferry a la isla, conocimos a una pareja de rosarinos que también estaban de luna de miel. Ellos venían viajando desde D.F., en colectivo, parando en *hostels*, otro plan. Los reconocimos como argentinos por el Dermaglós, el del envase verde. Arriba del ferry alquilaban los carritos; así que nos pusimos de acuerdo y alquilamos uno entre los cuatro.

Nuestra idea era hacer *snorkel*. Preguntamos cuando llegamos y nos indicaron varios lugares. En algunos, tenías que pagar entrada, en otros no. Estacionamos el carrito del golf en una playa en la que no te cobraban entrada y te daban el equipo de *snorkel* por cinco dólares. Cinco dólares más y te daban un tarrito con comida para los peces. Cuando me metí en el agua, se me salió la tapa y los peces casi me comen a mí.

El elixir de la eterna juventud (aviso publicitario).

Directamente desde el taller de un alquimista de nombre olvidado, llega a sus manos, rebajado, fraccionado, embotellado y etiquetado, el elixir de la eterna juventud.

Con solo unas gotas usted podrá volver al esplendor de sus años mozos, recuperar el cutis de cuando era bebé y sentirse fuerte y atlético como nunca. Tómelo todos los días entre el orín mañanero y el café del desayuno. ¿Está leyendo este aviso

en el diario matutino? ¿Qué espera? Escupa el café, corra a su farmacia de confianza y adquíéralo hoy mismo. Pídalo como «elixir de la eterna juventud», el de la etiqueta lila.

Prohibido su venta a menores de veintiún años.

Elixir de la eterna juventud. Juventud eterna... mientras compre la dosis.

∞ 55 ∞

—Hola, para reservar esta noche en uno de los restaurantes temáticos. *La Hacienda*, ese es el de carne argentina, ¿no?

∞ 56 ∞

Nos despertamos el domingo y llovía. Caminamos hasta la avenida central con la idea de tomarnos el ferry a la isla y nos dijeron que como estaba el clima, no nos convenía.

Al otro día había sol.

∞ 57 ∞

Bitácora de la ~~revolución~~ rebelión. Día 2. El comandante a cargo de las fuerzas de la cocina ha propuesto la siguiente estrategia (que si bien no es integral, porque no resuelve el problema de la jornada laboral, apunta a solucionar el problema del sueldo): sustraer día a día, cuales hormigas amazónicas, raciones de comida para armar platos que luego venderemos a los turistas cuando estén en sus excursiones fuera del hotel. La almirante Rosita (la recamarera del bloque nueve) señaló



que los turistas norteamericanos y europeos son muy reacios a comprar comida en la calle. La estrategia podría funcionar con los turistas sudamericanos, en especial bolivianos y peruanos, pero:

1. Son pocos en comparación con los gringos.
2. Queremos dólares o euros, no bolivianos o soles.

Sin embargo, la junta máxima decidió no descartar la idea y dejarla en suspenso. A verificar por una comisión si no surgen nuevas propuestas.

∞ 58 ∞

Paseando con su camiseta de la selección Argentina de fútbol, se jacta de gran regateador por haber pagado dos dólares por un imán que le ofrecían a cinco. Y pagó sesenta por un estuche impermeable para la cámara de fotos que se llenó de agua del mar Caribe en la primer inmersión.

∞ 59 ∞

Hansel y Gretel. Trecientos kilogramos entre los dos. Socios vitalicios del bar de la piscina. Como ballenas encalladas, destinadas a morir en la orilla, nunca cruzaron los metros de arena que los separaban del mar.

—Es que estamos de vacaciones —dijo ella.

Un día, la gente dejó de ver a Xtabay y las habladurías dijeron que había ido a otros pueblos a ofrecer su amor a los hombres que lo solicitaran. Sus vecinos no tardaron en darse cuenta de que un dulce aroma a flores salía de la casa que ella habitaba. Cuando entraron, la encontraron muerta, hermosa y sola en su lecho, emanando un riquísimo perfume. El pueblo entero se llenó del delicioso aroma a flores que emanaba de su casa y el prodigo estuvo en boca de todos.

Cuando Utz-Colel se enteró, enojada dijo que de un cuerpo vil y corrupto solo puede salir pestilencia. Si brota perfume, es obra de los malos espíritus que ayudan a las mujeres sucias a seguir provocando a los hombres aún después de muertas. La gente le creyó y dejaron el cadáver de Xtabay. Unos pocos, por lástima, se encargaron de enterrarla y al día siguiente, sobre su tumba, en la tierra aún fresca, crecieron cientos de flores con el mismo perfume del día anterior. Con el néctar de estas flores, se hace una bebida que embriaga tanto como el amor de Xtabay.

Mónica, sentada en la arena, escribió unos versos:

Tengo el sol de Cozumel en mi espalda.
Tengo el mar Caribe en mis oídos.
El agua turquesa que me baña.
Los granos de arena, el olvido.

Los cortes de carne vacuna que se pueden encontrar en una carnicería argentina y que un argentino usaría para preparar un asado son (aunque no se limitan a) costilla, marucha, falda y matambre. Cuando nos sentamos a comer en el comedor llamado *La Hacienda* nos ofrecieron *T-bone* y *rib-eye steak*. Me quedé mirando.

Es que son cortes americanos para barbacoa, nos dijo el amable mozo.

La guarnición por excelencia es la ensalada de lechuga y tomate. Por supuesto, otras ensaladas son también muy bien recibidas: zanahoria y huevo duro, tomate y huevo duro, repollo, achicoria. En el plato que me sirvieron había una papa de dudosa cocción, un cuarto de choclo y una cebolla frita.

Después de media hora esquivando la brecha cultural, me fui al bufet y me comí media pizza.

Poco después de la muerte de Xtabay, murió Utz-Colel. Al entierro, acudió el pueblo entero para llorarla y despedir a tan noble mujer. Pero de su tumba brotó el olor pestilente de un cadáver putrefacto. Sobre su sepulcro, nació un seto espinoso, intocable, con una flor bella pero pestilente.

Ya convertida en esta planta, Utz-Colel reflexionó erróneamente que, como Xtabay se entregaba amorosamente a los hombres, los dioses la habían convertido en una flor de dulce aroma. No pensó en todas las buenas obras que esta hacía

y que eran, en verdad, la razón del milagro. Entonces, pidió ayuda a los espíritus malignos para regresar al mundo cada vez que quisiera, convertida en mujer para seducir a los hombres y entregarles un amor nefasto, el único que le permitía su duro corazón.

Con su larga cabellera peinada con una flor de espinas, sigue a los hombres hasta conseguir atraerlos y seducirlos, para finalmente asesinarlos en el frenesí de un amor infernal.

Cozumel. *Rent a car.*

—¿Cuál es el más barato?

—Este, el Chevy rojo. ¿Les gusta? ¿Tiene carnet de conducir y tarjeta de crédito? Muy bien, cuando regresan de dar la vuelta a la isla, le llenan el tanque de gasolina.

Uno de los miembros del equipo de animación, con los reglamentarios pantaloncitos azules y remera amarilla, charla muy animoso con una rusa que está sentada sola, desayunando. El flaco no habla ruso, pero se hace entender con su inglés-maya. Después del cereal y el jugo de naranja, la rusa se levanta y se va. Impaciente, el flaco mueve el pie como si lo tuviera en una máquina de cocer, mira el reloj, se pasa la mano por la frente. Vuelve a mirar el reloj y ahora sí, también se va.

Escribir es sondear y reunir briznas o astillas de experiencia y de memoria para armar una imagen. Juan José Saer.

—Ahí hay una estación de servicio, frená.

—¿Cuanto le echamos?

—Llenalo, pero no tanto, es para devolverlo.

...

—Che, ya van doscientos pesos. Córtalo porque me dijeron que iba a gastar cien en dar la vuelta a la isla.

—Lo enciendo a ver si ya marca lleno. Todavía no, no puede ser...

—¿A dónde va, buen hombre? —le habló con una voz dulce y seductora.

La mujer se encontraba sentada bajo un frondoso árbol que él no conocía. Tenía cabellos largos y negros y una flor espinosa peinada entre ellos. Sus labios eran gruesos y su tez cobriza. Sus ojos eran negros y profundos y su belleza no tenía igual. Lo miró con firmeza y le extendió la mano.

El hombre, dócil, esclavo, falto de voluntad, caminó como hipnotizado hasta los brazos de la hermosa mujer que lo llamaba. Bajo la sombra de ese árbol lo acarició y lo besó. Luego empezó a desvestirlo. Incapaz de oponer cualquier resistencia



frente a los favores que la mujer le proporcionaba, el hombre no se dio cuenta que la violencia del ritual iba en aumento. Las caricias se convirtieron en arañosos, pero las uñas clavadas en su carne le daban igual o más placer. Los besos se convirtieron en mordiscos, pero su excitación iba en aumento. Ninguno de los dos se podía contener y los gritos eran como de animales apareándose. La mujer lo mordía, pero él también hacía lo suyo. Podía sentir el sabor a sangre en su boca, transpiración, pelos. Garras, pezuñas, aullidos.

~~ 69 ~~

—¿Ese no es el animador de aquaeróbic? ¿Qué hace golpeando la puerta de una de las habitaciones?

~~ 70 ~~

—¿Qué es ese charco abajo del auto?

—¡Le falla la bomba, señor!

—¿Del agua?

—¡No!, la bomba, la bomba. Está mal su máquina, ¡está perdiendo gasolina!

~~ 71 ~~

—Maia.

—¿Sí?

—¿Te acordás lo que me dijiste ayer? Que, después de ducharte, tuviste la sensación de que había alguien en tu habitación y que del miedo te vestiste rápido y saliste corriendo.

—Sí.

—Bueno, hoy leí este cuento en uno de los libros de la biblioteca que está al lado de la piscina y me acordé de vos. Se llama «El departamento»:

«Estoy nuevamente en el departamento. De vez en cuando vuelvo por la noche. Todavía tengo mis llaves y no cambiaron la cerradura. Abro sin hacer ruido, subo despacio las escaleras y prendo la luz de la cocina. La del living no, porque se ve desde afuera por la ventana. Enciendo una hornalla de la cocina y pongo a calentar agua. Mientras reviso los impuestos a pagar y alguna carta abierta, como algunas masitas del tarro o pan en rodajas. Si en el paquete quedan pocas rodajas, digamos menos de seis, no como. Se me hace que sería fácil que me descubran.

A la noche, el departamento está vacío porque la nueva inquilina va a la universidad. Estudia alguna ingeniería. Lo sé por sus apuntes. A veces los leo, pero me resultan bastante aburridos. Después de darme un rutinario paseo por el dormitorio, empiezo a limpiar los rastros de mi presencia. Lavo la taza en la que tomé café, limpio, guardo. Me causa gracia: en mi actual departamento no soy tan prolíjo.

Entonces se me ocurre, ¿por qué no ir más lejos hoy? Vuelvo al dormitorio y me acuesto debajo de la cama. El cubrecaña llega hasta el suelo y eso hace que mi escondite sea perfecto. Y me quedo ahí, esperando. Una hora. Dos.

Entonces escucho su llave en la cerradura, sus pasos en la escalera, la tecla que enciende la luz. Enciende una hornalla, tal vez la misma que elegí yo hoy. Escucho que abre un paquete. Tal vez fideos o arroz. Presto atención a cada uno de los sonidos. No sé si pasó media hora o tres horas cuando escucho que cierra la canilla luego de lavar los platos.

La luz se enciende y vuelvo a verme las manos después de varias horas de oscuridad. Están transpiradas».

∞ 72 ∞

—¡Sáquelo de aquí!

—Y... ¿es seguro encenderlo?

—Pues no, pero no puede dejarlo aquí perdiendo. Lléveselo, lléveselo.

∞ 73 ∞

—¿De dónde sos?

—Israel.

—¿Y qué estás escribiendo?

Con una pronunciación que no podía disimular su origen, nos contestó:

—Anoto mis pensamientos. Es mucho mejor que sacar fotos. Necesito recordar lo que siento en este momento porque es todo muy lindo.

Bitácora de la revolución rebelión. Día 4. El equipo de playa ha acercado, con reparos, una propuesta, cuyo objetivo es causar pánico entre los ocupantes del hotel, a fin de que permanezcan en sus habitaciones y así se nos reduzca la carga laboral. Tal propuesta consiste en matar a un turista y hacer circular la versión de que el responsable es un demonio que merodea las playas. Después del momento incómodo que esta causó, silencio primero y murmullos después, una compañera dio un paso al frente y manifestó que se encargaría de la misión.

En la antigüedad, la ciudad recibía el nombre maya de Zamá (que significa «amanecer») y en la actualidad, Tulum (que significa «muralla»). Aparentemente, este último comenzó a ser utilizado para referirse a la ciudad cuando ya se encontraba en ruinas.

—Che, me cansé de la comida del hotel para *yankees* y de la falsa comida mexicana para turistas. ¿Qué me recomendás comer que sea bien mexicano?

—Si está saliendo, cuando esté en el centro, baje por alguna de las calles perpendiculares a la avenida y pare en uno

de los puestitos de tacos. Pida un taco al pastor con mucho picante.

—¿Al pastor? ¿Pastor, cómo el que cuida ovejas?

—Sí, sí, así, taco al pastor.

—¿Y por qué se llama así?

—Pues, no sé.

Estás leyendo, apasionado, pasando las hojas «a lo bestia», devorando, cuando una campanilla, un timbre, un llamado, un pedido, una visita, algo o alguien te obliga, a punta de pistola, a abandonar lo que estás haciendo. Siempre que esto me pasa descubro, aterrado, que no tengo un señalador en el libro que estoy leyendo. Estiro el brazo tratando de manotear algo: una boleta, un ticket, un cordón, una cajita aplastada o incluso un libro más chico. Por lo general mis elecciones carecen de glamour, nunca tengo a mano una pluma dorada o un trébol de cuatro hojas.

¿Qué usarías si tendrías que cortar la lectura en este preciso momento?

—¡Taxi! ¿Cuánto sale de acá a Tulum?

—La cartilla dice quinientos cinco pesos, pero yo los llevo por cuatrocientos cincuenta.

(—Precio para xolopes —acotó el taxista por lo bajo).

—¿Qué te dijo?

—No sé, cuatrocientos cincuenta pesos, un regalo. Vamos, vamos.

Para ayudar a Gaspar a robar la caja fuerte del hotel, armé un equipo bien variado de ayudantes.

Sí, por supuesto. Luego de escuchar su propuesta, acepté encantado. ¿Que podía terminar preso? Sí. ¿Que en los documentales las cárceles mexicanas son sucias y los policías corruptos? Sí. ¿Que mi familia no me lo perdonaría? Sí. ¿Que los compañeros de la oficina pensarían que me volví loco? Sí. Pero lo que tienen que entender, lectores, es que lo mejor que le puede pasar a una novela como ésta, que empecé a escribir en el celular mientras viajaba, que tiene cien personajes y a la vez ninguno, que más que una historia con principio, nudo y final, intenta ser un fresco de un espacio y un tiempo, lo mejor que le puede pasar a una novela como ésta es tener un final que tome toda la paja de relleno y la prenda fuego. Es por esto que, luego de escuchar la propuesta de Gaspar, acepté encantado.

El equipo estaba integrado por mí y siete personas más. Gaspar, por supuesto, sus dos discípulos, el *hacker* norteamericano que me enseñó a abrir las puertas de las habitaciones del hotel (habilidad sin la cual no podría haber escrito muchas de las historias de este libro), el brujo de la isla, el instructor de aquaeróbic y una señorita muy bonita que no entendí si era rusa o ucraniana.

Todos los datos necesarios para la logística del robo los proporcionó Gaspar. Tantos años asintiendo silenciosamente a las demandas de encargados, subgerentes y gerentes tuvo por fin su recompensa en el activo más valioso: información.

Tacos al pastor (receta).

Tacos de trozos de lomo de cerdo marinados en una salsa de tres chiles con jugos de naranja y piña. Deliciosos en sus tortillas de maíz recién hechas, con rebanadas de piña, cilantro y cebolla.

Ingredientes para diez porciones:

- 1 kilo de lomo de cerdo, cortado en filetes delgados
- 3 chiles guajillo, desvenados y despepitados
- 2 chiles anchos, desvenados y despepitados
- 2 chiles chipotle en adobo
- 2 dientes de ajo machacados

...

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Cómo «y qué»? No te hagás la tonta. ¿Qué te pareció el cuento «El departamento»?

—No tiene nada que ver. Eso de que me sentía observada lo inventé porque había salido toda desarreglada y vos estabas ya cambiada para la noche. Segundo, acá, en el hotel, eso no puede pasar porque cada habitación tiene una tarjeta distinta y cuando te vas, cambian la clave.

Dejamos caminando el hotel y llegamos hasta la ruta. En el camino vimos que en un hotel vecino, uno de sus grandes paredones a la calle estaba tumbado. «¿Qué pasó acá?»

A la vuelta, el paredón ya estaba levantado y pintado. Le preguntamos al taxista que nos traía:

—¿Sabe que pasó esta mañana? Vimos el paredón tumbado.

—Hubo un tiroteo.

—¿Un tiroteo?

—Sí, sí, un tiroteo. —Y habla por su radio para confirmar la información. No le entiendo nada de lo que dice. Para mí que nos está tomando el pelo.

Suena el celular. Usted tiene un nuevo email. Asunto: Ventas del día. Leer.

—¿Quién es ese?

—Es el brujo de la isla.

—A mí me parece más bien un mendigo.

—¡Ja! ¡Puede ser las dos cosas! Se lo suele ver en playas poco concurrencias, con su fuego y un cacharrito, derritiendo plomo e intentando convertirlo en oro. Tiene ínfulas de alquimista.

—¿Hay muchos accidentes?

—Solo cuando llueve. Esta carretera fue reparada, pero la que viene no. Es de concreto hidráulico. Patina. Esta es de asfalto. Cuando se moja es como gramilla.

Me da gracia como el conductor pronuncia la palabra gramilla. Qué tonto que soy.

Leí esta historia una vez en un libro, otra me la contaron y dos la viví. Cambian las nacionalidades y las profesiones, pero la idea es la misma. Ciento es que cuando la viví por segunda vez, me reí tanto que se me acalambraron los músculos de la cara.

«Un empresario norteamericano estaba mirando el mar en la costa de un pueblito mexicano cuando vio a un pescador acercarse a la orilla con su barco cargado con algunos pesca-

dos. El empresario le preguntó cuánto tiempo al día dedicaba a la pesca.

—Solo un par de horas —respondió el pescador.

El empresario le preguntó por qué no le dedicaba más tiempo, ya que así podría sacar más peces. El mexicano respondió que con eso le alcanzaba para mantener a su familia.

—Pero... ¿qué hace el resto del tiempo? —quiso saber el empresario.

—Me levanto tarde, juego con mis hijos, duermo la siesta con mi mujer y a la tardecita voy al pueblo a tomar vino y tocar la guitarra con mis amigos. Como verá, tengo una vida muy ocupada.

El norteamericano sonrió con sorna.

—Soy experto en negocios y puedo ayudarlo. Usted debería pasar más tiempo pescando. Así tendría más pescados y con el dinero extra se podría comprar un bote más grande. Un bote más grande le permitiría aumentar más su pesca y con el dinero extra podría comprar más botes. Con una flota, podría aumentar aún más su pesca y con tanto volumen, podría negociar directamente con los que procesan el pescado en lugar de venderle a un intermediario. Ya no podría vivir en este pueblito; tendría que ir a México D.F., luego a Los Ángeles y más tarde, tal vez a New York, donde podría desarrollar todo el potencial de su empresa.

El pescador mexicano lo escuchaba, rascándose la cabeza.

—Pero, señor, ¿cuánto tiempo me va a llevar hacer eso?

El empresario le explicó que unos quince o veinte años.

—Y luego, ¿qué? —pregunto el pescador.

—Ahí viene la mejor parte —le respondió—. Su empresa podría salir a la bolsa, vendería acciones y se haría rico. Podría obtener millones.

Millones, repitió el mexicano.

—Y luego, ¿qué? —volvió a preguntar.

—Luego se retiraría, podría mudarse a un pequeño pueblo pesquero, levantarse tarde, jugar con sus hijos, dormir la siesta con su mujer y a la tardecita ir al pueblo a tomar vino y tocar la guitarra con sus amigos».

Bitácora de la ~~revolución~~ rebelión. Día 10. Evaluación de la estrategia de matar al turista. No resultó como se pensaba. Los turistas son egoístas y egocéntricos. No les importa lo que pasa a su alrededor. En otras noticias, nos hemos puesto en contacto con otros grupos ~~revolucionarios~~ rebeldes que tienen cede en otros hoteles. Es satisfactorio ver que no somos los únicos que han tomado esta iniciativa y pensamos unir fuerzas para lograr nuestro objetivo.

- 1 cebolla en trozos
- 1/4 de taza de vinagre
- 1/2 taza de jugo de naranja

- 1 taza de piña picada
- 3 clavos de olor
- 1 cucharadita de comino
- 1 cucharadita de orégano
- 1 jitomate asado, pelado y sin semillas
- 1 cucharada de sal

Elementos necesarios para servir:

- tortillas de maíz (de preferencia, hechas a mano)
- 4 rebanadas de piña
- 1/2 taza de cilantro limpio y picado
- 1/2 taza de cebolla picada
- salsa taquera de tomate (tomatillo)
- rebanadas de limón

Gaspar nos describió el escenario hablando como un experto.

—Muchos de los turistas pagan por su estadía en efectivo. Dólares. El hotel cuenta con una caja fuerte Sherman con

casco exterior e interior de acero de cinco y dos milímetros, respectivamente. Espesor total, setenta milímetros. La puerta, también de acero, está reforzada con un sistema de flejes de acero electrosoldados. Doble traba con ocho pasadores móviles de acero cromado de treinta y cinco milímetros en ambos laterales. Hermeticidad grado dos en seguridad y resistente al fuego. Bisagras torneadas de bronce. Los pasadores de la puerta se traban con cerradura mecánica con llave de doble paleta de doscientos milímetros y una clave de seguridad numérica de un millón de combinaciones. Las placas de acero están llenas de hormigón vibrado con un sistema de enrejado interno. El exterior está recubierto por una pintura anticorrosiva.

«Todos los lunes a la mañana, entre las siete y siete y cuarto, un camión blindado TAC con nivel de blindaje T8 estaciona frente al *hall* del hotel. Dos hombres armados se bajan con bolsos de lona reforzada. Otro, el conductor, se queda en el camión. El gerente les abre la oficina que está detrás del hall con una llave que tiene siempre colgada al cuello. En esta oficina, está la caja fuerte. Además del momento del retiro, la puerta se abre dos veces más por día para hacer los ingresos parciales: a las diez de la mañana y a las tres de la tarde».

Otro día en la playa con el cuaderno, después de flotar por horas en el agua, Mónica escribe:

Floto
boca arriba en las aguas
profundas.
O floto
boca abajo
en el cielo celeste.

«Soy México» reza el cartel del parque más visitado, y el actor que posa, vestido como maya, dando un caderazo en medio de un tradicional juego de pelota, es guatemalteco.

Carretera 307. Carretera principal. El cinturón de seguridad salva vidas, úselo. Snorkel 500 m. Retorno 1 km. Carril izquierdo solo para rebasar. Maneje con precaución, su familia lo espera. Compre lotes en Tulum desde 500 metros cuadrados. Maneje con precaución, su familia lo espera. Retorno 1 km. Carril izquierdo solo para rebasar. Retorno 1 km. Snorkel 500 m. El cinturón de seguridad salva vidas, úselo. Carretera principal. Carretera 307.



Caminando por Tulum:

—Ninguna cámara va a capturar lo que ves con los ojos,
así que dejá de sacar fotos y ponete a mirar.

Suena el celular. Usted tiene un nuevo email. Asunto: Re-
porte de situación. Leer más tarde.

Setenta años. No los aparenta. El escribano Peretti está sentado en la playa bajo su sombrilla. Se está untando broncedor cuando un extraño ser se le acerca. Caribeño, un metro setenta, bigotes finitos, barba escasa y pelo largo. Camina por la arena sonriente. No tiene puesta remera y lleva una bolsita de tela en su mano izquierda.

—Buenos días, señor. ¿Me permite hacerle un regalo? Lo noto bajo de energías.

—Y bueno... ya estoy grande. Me fui gastando la energía en todos estos años.

—No, no, no. La energía que a usted le falta se puede recuperar. Tome. —Y le ató en la muñeca una pulcerita hecha de piedras, semillas y madera—. Yo soy el brujo de mi comunidad. Vivimos en el centro de la isla de Cozumel. ¿Ya estuvo allí? Muy bonito lugar.

—Mirá, la plata me la dejé en la habitación. Así que si me querés vender algo, vas muerto.

—No, no, no. Para nada. Y me ofendería si intenta pagarme o darme otro regalo a cambio.

Preparación: 25 minutos.

Cocción: 40 minutos.

Tiempo extra: 4 horas de marinando.

Tiempo total para que esté listo: 5 horas y 5 minutos.

Asar el jitomate aproximadamente 10 minutos en una sartén o comal chico a fuego de medio a alto, volteandolo constantemente, hasta que la piel se haya quemado y empiece a desprenderse. Pelar, cortar a la mitad y desechar las semillas.

Mientras, hervir suficiente agua en una olla mediana y agregar los chiles guajillo y ancho. Dejar que hiervan 5 minutos o hasta que se hayan suavizado.

Colocar los chiles hervidos en el vaso de la licuadora. Agregar los chiles chipotle, el ajo, la cebolla, el vinagre, el jugo de naranja, la piña picada, los sclavos de olor, el comino, el orégano y el jitomate asado. Licuar hasta tener una salsa homogénea.

...

Bitácora de la ~~revolución~~ rebelión. Día 13. Estamos pensando en reflotar la idea del robo de comida a lo hormiga amazónica.

—«*Yankee*»? *What's a «yankee»?*

En argenindio-*english*, le contesté:

—*It's how we call people from United States.*

La mujer era alta y de pelo colorado. Esposa de un director de orquesta, me contó después. Habernos escuchado referirnos a ellos de esa forma le había causado mucha gracia. Estaba muy divertida.

—*Really? I've never heard that! I mean... I've heard the word to talk about the New York team, but...*

—Mucho blindaje y muchas balas para mi gusto. Vamos a atacar esta cadena de seguridad en su eslabón más débil, el humano. Lo haremos el domingo a la noche. —Mi voz resonó firme en la habitación donde estábamos reunidos.

Luego habló el norteamericano.

—If you get the two keys, I can modify the device I use to open the door of the rooms and make it find the password of the box. (Si logran conseguir las dos llaves, puedo modificar

el dispositivo que uso para abrir las puertas de las habitaciones y hacer que encuentre la clave de la caja).

Gaspar aportó un último dato antes de dar lugar a un sinfín bullicioso de elucubraciones.

—En esta época del año, el hotel recauda unos quinientos mil dólares semanales.

—Querida, mirá la pulcerita que me regaló el señor.

—¿A ver? ¡Ay!, ¡pero qué linda!

—Espere, señora. Tengo algo para usted también. Pero no lo tengo hecho. Lo voy a hacer ahora.

El brujo sacó tanza, caracoles, piedras y semillas y se puso a hacerle un collar a la mujer de Peretti. Cuando lo terminó, se lo dio.

—Gracias, pero no tengo plata.

—No hace falta señora, es un regalo. Yo se lo pongo.

—¿No es muy finito? Se me va a salir en el agua.

—No, no, no. Puede usarlo en el mar, en la ducha, en cualquier lado. No se le va a salir. Palabra.

Dos mozos, sí, esos mismos dos mozos, charlan en su hora libre. Sí, la de cuarenta y seis minutos.

—¿No vas a la reunión?

—No, dejame. Ya me tiene hasta la madre el viejo Gaspar. Está re loco.

...la ciudad de Villadolid, por ejemplo, fue construida con piedras robadas a monumentos maya...

El mirador.

Don Cafeto.

Playa de los pescadores.

Playa paraíso.

—Basta, no camino más.

InfoMex. Noticias de Internet. Todos los que vamos de vacaciones a hoteles cinco estrellas hemos utilizado las tarjetas magnéticas que permiten abrir y cerrar las puertas de los cuartos y les hemos confiado nuestra intimidad. Después de leer el artículo, que salió en la revista Forbes, la paranoia y desconfianza se apoderará de más de un lector viajero. En el artículo se cuenta la historia de un *hacker* que puede abrir la puerta de cada una de las habitaciones de la mayoría de los hoteles en minutos y con un equipo que no cuesta más de cincuenta dólares.

Según el experto en seguridad informática, Cody Brocious, si el sistema de puertas del hotel está conectado a la red eléctrica, él puede abrir cualquier puerta usando un dispositivo basado en una minicomputadora. El aparato que construyó es



capaz de abrir cinco millones de habitaciones en todo el mundo. Funciona como si fuera una de las tarjetas que el hotel entrega y abre todas las puertas que utilicen ese tipo de cerradura. Consigue su objetivo porque el código necesario para abrir una puerta se encuentra tanto en la tarjeta de los huéspedes como en la cerradura. El invento de Brocious lee la memoria de la cerradura y luego un programa es capaz de abrirla. El *hacker* tiene veinticuatro años y ha presentado su descubrimiento en la conferencia *Black Hat*.

Suena el celular. Usted tiene un nuevo email. Asunto: Reporte de estado de sitios. Leer. Pablo, ¿cómo te va? ¿Cómo van esas vacaciones? Espero que bien. Te molesto por una pavadita. ¿Viste el informe que me dejaste antes de irte? Bueno, lo necesitaría discriminado por sitio y organizado por provincia. Subtotalizado, obvio. Eso, para vos, son dos *clicks*, ¿no? Pedíte una computadora ahí en la recepción y mandámelo, ¿dale? Ahora en Argentina es la una del mediodía. Yo salgo a almorzar con los accionistas y tipo 14:30 estoy de vuelta. ¿Me lo tenés para esa hora? Gracias, maestro. F.F.

—Ahora sí, mis estimados. Antes de retirarme, les recomiendo que ayuden a estas piedras energéticas que les he regalado tomando el «elixir de la eterna juventud».

—Ah... sí, me parece recordar que leí el anuncio en la revista del hotel.

«Ya sabía que nos quería vender algo», pensó Peretti.

—¿El de la etiqueta lila?

—¡El mismo, señora! Pídalo como el de la etiqueta lila.

No se van a arrepentir.

—¡Qué casualidad que Gaspar se llama Gaspar!, ¿no? Como el príncipe africano líder de la rebelión que dio origen al primer pueblo libre de México. San Lorenzo de los Negros.

—Panza arriba tirado en la arena de Playa Paraíso, esperaba que mi esposa se vista en uno de los baños. Diez años de casados y para festejar me traje a la bruja al Caribe. Dejamos a los chicos con una tía y emprendimos el viaje. En eso estaba pensando cuando se me acercan dos señoritas vestidas con túnicas negras y las caras tapadas. Musulmanas o algo así. Y con señas me piden que les saque una foto con su teléfono. Me quedé perdido mirando en la pantalla la sopa de letras en caracteres árabes. Cuando levanté la cabeza, di un salto para atrás. En el lugar donde estaban las mujeres de Alá, ahora había un tremendo par de señoritas en bikini frotándose contra una palmera. Ahí entendí el verdadero sentido de la frase: «liberación a través del Corán». Cuando mi mujer salió del baño, las turcas me tiraban besitos en agradecimiento. No me vol-

vió a hablar hasta que pisamos suelo argentino. No voy más a México.

Colocar la carne en un tazón de vidrio o bolsa con cierre y agregar la salsa asegurándose que cubra toda la carne. Marinar dentro del refrigerador durante 4 horas por lo menos o durante toda la noche.

Precalentar un comal o el asador a fuego de medio a alto. Asar los filetes marinados aproximadamente dos minutos o hasta que se hayan cocido completamente. Voltearlos solo una vez.

Mientras tanto, asar las rebanadas de piña quemadas ligeramente durante 5 minutos por cada lado. Si lo desea, puede barnizarlas con la salsa de la carne mientras se asan.

Picar la carne y la piña.

Servir la carne sobre tortillas calientes. Agregar la piña asada. Añadir cilantro y cebolla picada, salsa de tomate y unas gotas de jugo de limón.

Cuando llegó la noche del domingo, todos estábamos en nuestras posiciones. La ucraniana (o rusa) se había ido de copas con el gerente del hotel a una habitación *premium* desocupada, mientras su esposa, empastillada como todas las noches, dormía en otra más modesta. Sin que este se dé cuenta (lo había desnudado y enviado a afeitarse las piernas al baño), tomó

la llave de la oficina de la caja fuerte y la arrojó por la ventana. Unos pisos más abajo, la esperaban los discípulos de don Gaspar.

El dúo corrió hasta la habitación donde los estábamos esperando y allí, ante nuestros ojos incrédulos, el brujo, utilizando no más que una barra de jabón, un calentador, una vasija y cobre, fabricó una copia exacta (o tan exacta como sus artes le permitieron) de la llave.

Para devolver la llave original, los dos sujetos, ataviados con sus trajes de mozos, golpearon la puerta de la habitación en la que la rusa (o ucraniana) estaba exhibiendo sus dotes. Desoyendo los gritos compungidos del gerente que le decía que no atienda, la muchacha se puso una bata y abrió la puerta. Servicio a la habitación. Con cara de inocente, les hizo un gesto intentando expresarles que no había pedido nada, pero, de todas formas, los paladines entraron empujando un carrito que tenía bebidas, dulces, pollo, papas fritas y helado. Aprovechando el revoltijo, dejaron la llave del gerente bajo su ropa y, por último, pidieron perdón por la intervención y salieron como entraron. Cerró la escena la señorita que cambió su dulce cara a una más severa, le escupió al gerente una catarata de quejas en su idioma original y con un portazo, lo dejó desnudo y con las piernas afeitadas boca abajo en la cama.

Al llegar al hotel, volvemos a preguntar por el paredón caído.

—Son los empleados descontentos. Esa cadena de hoteles no le paga a los empleados. Entonces, los empleados le piden prestadas las herramientas a los obreros de la construcción y arremeten contra los edificios.

—Qué raro que no leí nada en el diario —le digo.

—No, no va a encontrar nada en el periódico. Se tapa todo.
—Y me volvió a la mente la imagen del paredón, como nuevo, recién pintado, color rosa.

Cuando el brujo se despidió, lo vieron alejarse por la playa y notaron sus dos lunares lila a la altura de la cintura. Les hizo gracia.

—¿Qué te acordás de los cenotes?

—Pozos de agua.

—¿Nada más?

—El terreno en Yucatán es poroso. Hay cientos de cenotes que van apareciendo a medida que la superficie se va gastando y quedan expuestos. Son de agua salada y fría, están todos conectados y llegan al mar. No, deben ser de agua dulce.

«Bajé a uno con el bikini puesto, pero no pude mojarme más que el dedo gordo».



—Todo este tema de Gaspar Yanga me llevó investigar un poco en la biblioteca municipal. Revisé algunos libros. Lo nuestro no es una revolución, es una rebelión. Así que en lugar de llamarla bitácora de la revolución, deberíamos llamarla bitácora de la rebelión. ¿No te parece? Lo voy a hablar con nuestro Gaspar.

Suena el celular. Usted tiene un nuevo email. Asunto: *¿¿¿Y el informe???* Marcar como no leído.

Y entonces ves pasar una parejita cargando bolsos y caés en la inevitable, fatídica, insoslayable, infernal realidad de que vos también en uno, dos, a lo sumo siete días, vos también te vas a tener que ir. Y el lunes vas a tener que volver a prepararle informes a Fernández.

El *Heraldo de Quintana Roo* informa: «Playa del Carmen. Cifra récord de asistencia a playas».

En esta temporada de verano, más de cincuenta mil personas han acudido a disfrutar del mar Caribe. El número se contabiliza en las visitas a las playas de Cozumel y Playa del

Carmen en lo que va de la temporada de verano, y, hasta el momento, el saldo ha sido blanco, aunque se han dado 53 rescates, según indicó el titular de Protección Civil, Camilo Díaz de la Fuente.

De acuerdo con el funcionario municipal, entre el sábado y domingo pasados, acudieron más de diez mil personas a disfrutar de las cálidas aguas de nuestro mar, por lo que, sumado a las visitas anteriores, la cifra supera, con facilidad, los cincuenta mil bañistas en lo que va de la temporada veraniega. En temporada alta, los niños son uno de los problemas a los que se enfrentan los guardavidas, porque los adultos se quedan dormidos tomando sol o se meten a nadar y descuidan a los menores, y estos se alejan o se pierden. Hasta el momento, han rescatado a seis niños y dos niñas.

El instructor de aquaeróbic, Gaspar y sus dos esbirros llevaron a cabo la parte más peligrosa del plan. Con sus caras cubiertas por pasamontañas y transpirando el calor mexicano, se hicieron presentes en el *hall* del hotel con el objetivo de reducir al casual encargado, que se encontraba con los pies sobre un escritorio, mientras leía una novela policial. El destino no carece de sentido del humor.

Cuando lo tuvieron atado y con los ojos vendados, nosotros, que estábamos escondidos, hicimos nuestra aparición. Todos entramos a la oficina. La llave de la caja fuerte, como imaginamos, estaba puesta. Gaspar hizo los honores de girarla. Luego, nuestro amigo norteamericano conectó su aparatito

al teclado numérico. Unos segundos más tarde, la puerta se abrió sola ante nuestras caras de incrédulos. En el interior de la caja encontramos un total de 654.080 dólares, dos gargantillas y algunos documentos. Dejamos los documentos y una nota de Gaspar que decía: «Los anonas no se comen».

∞ 120 ∞

La rebelión se alza contra los abusos, la revolución contra los usos. La rebelión lucha por reducir los abusos de un sistema político, la revolución por aplastar a ese sistema. Ortega y Gasset.

—Por lo tanto, lo nuestro, amigo Gaspar, sería una rebelión. Como la de San Lorenzo de los Negros. Mejor cambiale el nombre a tu cuaderno.

∞ 121 ∞

Suena el celular. Usted tiene un nuevo email. Asunto: REENVÍO ¿¿¿Y el informe??? Eliminar.

∞ 122 ∞

...en lugar de ser una sucesión de pocos capítulos largos, se forma con una multiplicidad de textos cortos, uno a continuación del otro, una multitud de voces que van ingresando al texto para formarlo. Así que voy a intentar hacer una novela con ese formato. Un estilo *aggiornado* a los tiempos que corren, digamos... La gente tiene lapsos de tiempo cortos para

leer (en el baño, en el colectivo, en el auto mientras esperan que salga la hija del colegio) y a mí me pasa lo mismo para escribir (el domingo a la mañana, alguna noche, un recreo en el trabajo). De hecho, la empecé a escribir en el celular mientras viajaba.

Y pensar que hay gente que llega y nosotros nos vamos. Si pudiera... si pudiera vencer la timidez y acercarme a hablarles. Decirles que apaguen el celular, que dejen de leer las noticias. Política. Economía. Que se desconecten de todo eso que los está contaminando y que por una semana o dos, lo que les dure la estadía, solo se dediquen a descansar, a compartir con su familia y a disfrutar de sus vacaciones, como yo no hice. Maldito localizador satelital que me manda reportes y estadísticas de la oficina cada media hora.

Entonces, me decido y voy. Voy a hablarles. Me explayo, gesticulo, grito. Ellos me miran. Vuelvo fracasado, son alemanes y no me entienden ni iota.

Mozzano International, la compañía de mudanzas internacionales más segura para su relocation a Playa del Carmen, ofrece soluciones para traslados a Playa del Carmen desde Estados Unidos, Canadá, Alemania, Argentina u otro país.

Contamos también con servicio de mudanza nacional a Playa del Carmen desde Monterrey, D.F., Metepec, Saltillo, Puebla, Queretaro, Aguascalientes y Toluca.

Transportación de contenedores por aire, mar o tierra. Servicio a domicilio.

¤ 125 ¤

Bitácora de la rebelión. Día 20. Hablar con el escritor.

¤ 126 ¤

—Ahí está el *transfer*. Disculpe, ¿dónde pega menos el aire?

—Atrás. ¿Se enfermó?

—No, soy asmática. Si puede ponerlo no muy fuerte, le agradezco mucho.

—Cebollina. Es como la cebolla blanca, pero en miniatura. Aquí se usan las hojas picaditas como complemento de una comida típica, el mondongo. Mi hijita tenía ese demonio. Bueno, tiene que agarrar dos cebollinas, la parte que está debajo de la tierra, picarla, hacer un té y tomarlo frío. Pruébelo, se va a acordar de mí. Le dejo mi tarjeta, soy el brujo de la isla. Hago un dinero extra manejando esta cosa.

¤ 127 ¤

Los dos mozos me hacen señas y me llaman a una mesa en el bar de la playa. Cuando me siento, enseguida se incorpora

otro hombre, más viejo y con el alma cansada por dedicar toda la vida a hacer el mismo trabajo que los otros dos recién empezaban.

—Me dicen mis compañeros que usted es escritor.

—Intento. La verdad es que nunca me publicaron nada.

—¿Y está escribiendo la historia de sus vacaciones?

—Algo así.

—¡Ja! Hay fuegos que no se pueden apagar. Tal vez nos pueda ayudar.

«Vocabulario de indigenismos» en *Crónicas de Indias*, editado por Manuel Álvar Ezquerra, Biblioteca de Filología Hispánica, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. *Xolope*: bobo, tonto. «Pues no traigan más acá otra vez a estos *xolopes* (que así llamaban a los españoles desde que vieron comer anonas, que es fruta de tierra caliente)».

La charla con Gaspar duró más de tres horas. Me contó sobre su familia, una esposa, dos hijos, una hija, cuatro nietos. Sobre su juventud como pescador. Me contó de un norteamericano que le propuso hacerlo millonario y después de enredarse en negocios con él, terminó con menos que antes.

Yo le conté sobre mi vida en Argentina, el trabajo sofocante para pagar el alquiler de un monoambiente, los intentos

fallidos por publicar una novela sobre seres del espacio exterior, la chica con la que me quería casar.

Me enseñó a tomar tequila y a elegirlo. Me dio una fórmula para los tacos al pastor mucho, muchísimo, más sencilla que la que pedí un día en la calle, anoté y perdí.

Me contó anécdotas de otros viajeros. La mejor fue la de un muerto en el avión. No se la creí.

Me contó sobre su bitácora de la revolución, o rebelión, como unos listillos le habían hecho renombrar. Les dio el gusto.

Por último, hizo su pedido.

¿Qué vas a encontrar en este libro? Este libro recoge un puñado de historias que tienen, en su mayoría, lugar en la península de Yucatán. Más precisamente en la fracción de esa geografía dedicada a los turistas extranjeros. Le voy a prestar mi voz a muchos de ellos y es por eso que muchas partes de la trama podrán parecer la historia de uno, pero son, en realidad, la historia de muchos. Personas que observé, seguí, espíe. Dueños de cuartos en los que husmee. Entrevistados para medios que inventé. Algunas mujeres que soñé. Protagonistas de historias que robé. Me metí en la piel de todas estas personas y, como un psicópata que usa el pellejo de su víctima como tapado, me paseé con un atuendo que era su atuendo, con una mirada que era su mirada, diciendo palabras que eran sus palabras.



—¿Y qué te pidió?

—¿Quién?

—¿Qué te pidió Gaspar? ¿Que escribas una novela denunciando la situación de los empleados de los hoteles de lujo?

—¿Qué? ¡No!, ¿quién la compraría? Me pidió que lo ayude a robar la caja fuerte del hotel.

—Creo que me podría quedar a vivir acá. Mañana llamo a Mozzanno, la empresa de mudanzas, para preguntar precios.

Antes de que el crimen sea reportado, repartimos el botín entre los quinientos empleados del hotel bajo la forma de un bono de Navidad atrasado, cortesía del hotel. Los sobres, con mil dólares cada uno en su interior, salieron del edificio a lo largo del día sin levantar sospechas y sin que los perros entrenados para detectar grandes volúmenes de dinero escondido los detecten.

Conté la realidad en lugar de una ficción para proteger a los personajes.

—Y esa, señores, es la historia del robo.

—¡Ja! ¿Y se supone que tenemos que creerte?

La mañana del día anterior a irme, a volverme a casa, todos (o casi todos) nos encontramos en la playa del hotel. El del equipo de animación, el del aquaeróbic, el que había enamorado a la rusa con sus pantaloncitos azules y remera amarilla, recorre la arena con dos tarritos de pomada en la mano. Uno es de tintura negra y el otro de tintura roja. Lo miro, lo sigo con la mirada. Va pintando, alternativamente, al azar (¿al azar?) caritas felices rojas o negras en las distintas personas, hacedor de los dos bandos que se enfrentarán en la competencia final de los juegos de la playa. Atrás quedaron la competencia de dardos, el concurso de tequilas y la carrera sobre la alfombra movediza en la pileta. En esta última competencia en la playa se juegan los últimos puntajes.

Decía que increíblemente estamos todos. O casi todos. La veo a la rusa, ya con una carita feliz roja pintada en el hombro izquierdo de una piel blanquísimas que a fuerza de loción importada se protegió del sol. Está la pareja que me encontré en la pileta (la señora tiene un libro mío en la mano), están el doctor Mora, el escribano Peretti y el ingeniero Zimmerman, está el marido de la ucraniana con una carita negra y la ucraniana con una roja, están las dos amigas, Maia y la otra, con el mismo color están los que llegaron al aeropuerto en auto,

colectivo o *transfer*, el del muerto en el avión, el que se queja de las excursiones pero sin embargo viene de vacaciones acá en lugar de recorrer América Latina como mochilero. Al flaco de los machucones le pintaron una carita roja en el yeso.

—*Happy face* —me contesta el miembro del equipo de animación cuando le pregunto que me va a dibujar—. Es para hacer la competencia final, tendremos cinchadas, carrera de harina y competencia de baile.

Me dejo tatuuar una carita color negro y el miembro de equipo de animación sigue haciendo su trabajo. El sol es tan fuerte que unos minutos más tarde la carita ya está deformada y pasa a convertirse en un manchón negro en mi brazo. Cuando nos ordenan dividirnos en dos grupos según el color de nuestra mancha miro a mis compañeros de equipo y encuentro otras caras conocidas. Está el padre de la familia que fue en la misma excursión que yo a Chichén Itzá, dos de los estudiantes que estaban en Tulum, la pareja que me contó su problema con el auto en Cozumel, el hincha de Talleres de Córdoba, J y C a los que ya se le termina su luna de miel y las señoras del contingente de La Plata que entre todas compraron quince kilogramos de obsidiana.

Del otro lado, con un manchón rojo en el brazo que parece una herida, reconozco al porteño que se quejaba del asado local siendo que vive en un departamento y nunca asa. Hoy también tiene puesta la camiseta de la selección argentina, la usó todos los días (no quisiera tener que olerla). En su grupo también está el sobrino de Carmen, Hansel y Gretel, la señora que desayunaba sola, el tipo que leía a Saer, Mónica que no larga su cuadernito, el intolerante a la lactosa que siempre ha-

cía problema en el comedor, el CEO de esa multinacional, el empleado raso de aquella otra, el del incidente con las turcas (no veo a su mujer) y el que casi se ahoga.

La primer consigna es hacer una coreografía con un canto de guerra. Me da tanta vergüenza que me meto en el agua y observo agachado. La *happy face* pasó de ser un manchón a un recuerdo pero nadie me dice nada cuando vuelvo para la carrera de harina. Hacemos dos filas sentados en la arena y miembros del equipo de animación le ponen un puñado de harina al primero en las manos, este tiene que pasárselo a quien está atrás suyo y así hasta llegar al final, donde se va acumulando una pila de harina. Gana el equipo que más cantidad logre juntar. El juego se descontrola y todos hacen trampa, todos terminamos llenos de harina y se declara un empate técnico. Todos al agua mis amiguitos, grita el del aquaeróbic y todos hacemos caso y todos volvemos convertidos en engrudo.

Nos recibe la vos aflautada del animador.

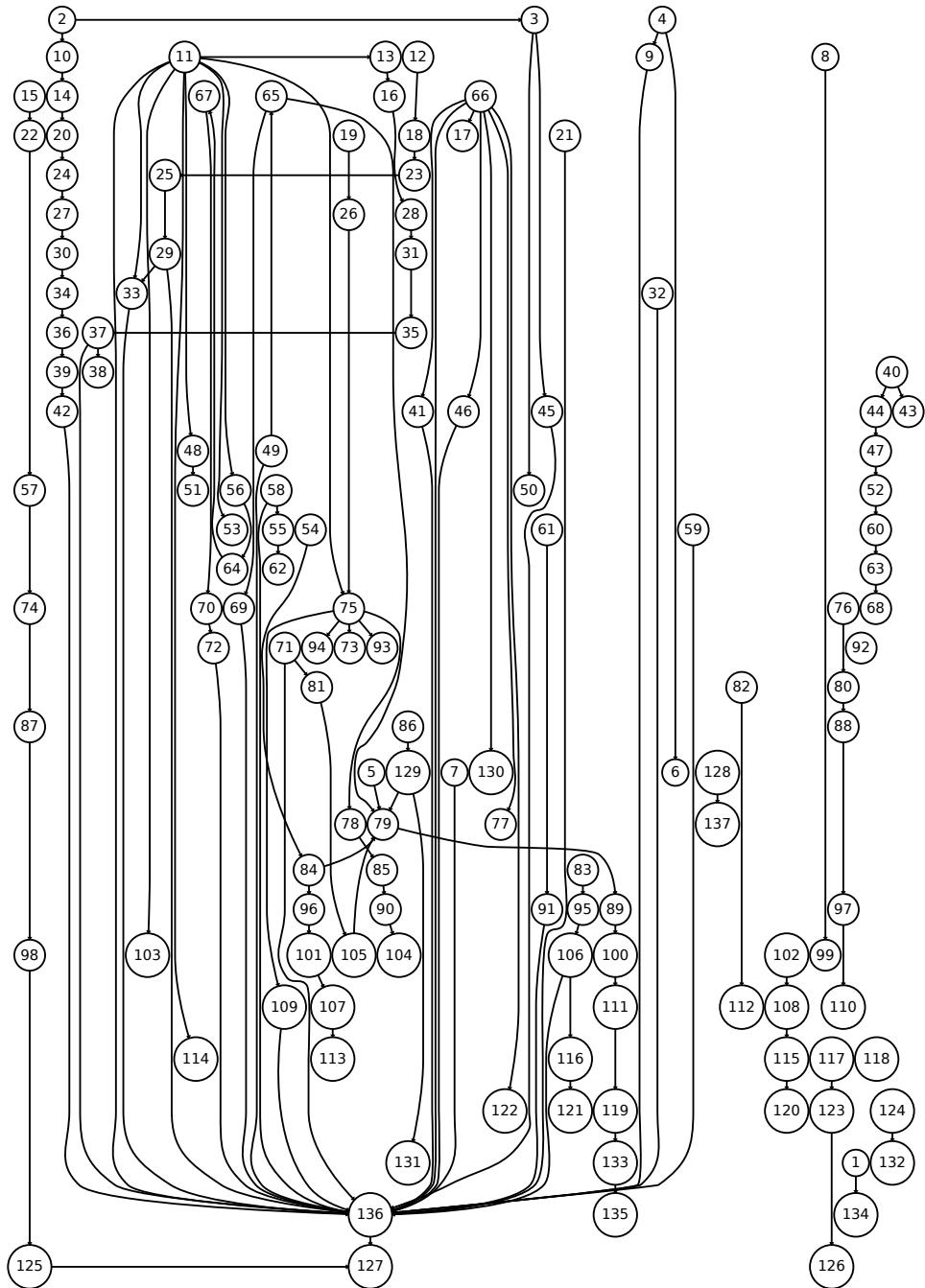
—Ahora si amiguitos, la competencia final. Las cinchadas o tira y afloje. No se si lo saben, pero este fue un deporte olímpico entre 1900 y 1920. Vamos a utilizar esta soga de diez centímetros de diámetro y ambos equipos van a tener que tirar con mucha fuerza. En el medio vamos a hacer una marca, aquí está. Y ganará el equipo que logre hacer que el primero de los oponentes la atraviese. Si algún miembro del equipo se cae, automáticamente gana el equipo contrario.

Me pierdo parte de la explicación porque me quedo mirando a un hombre de bigote que viene caminando hacia nosotros. Es el profesor de matemáticas.

—¿Pero vos no estabas muerto? —le pregunto—. Abre los ojos grandes y contesta.

—¿Qué? La boca se te haga a un lado. Estuve una semana acá, una semana en Cancún y ahora volví acá para pasar mi semana final. ¿Me perdí de algo? —Lo abrazo. Le digo que nada mientras veo, a lo lejos, muertos de risa, a los dos mozos que habían puesto a correr el rumor del turista muerto encontrado bajo un árbol de ceibas. Uno es el que me hizo ir a buscar la leyenda de Utz-Colel. Le digo al profesor de matemáticas que ocupe mi lugar.

Timados, engañados, seducidos, robados, golpeados, arruinados, burlados, xolopes.



Notas

- El post mencionado en 32 es real. Fue escrito por Federico Heinz y la versión original puede leerse en <http://federratas.codigolibre.net/?p=9>
- La historia del brujo y las pulceritas me la contó Luis Stroppi padre.
- No existe una ruta aérea que cubra Buenos Aires, Recife y México. *Pero la ficción no solicita ser creída en tanto que verdad, sino en tanto que ficción.*
- La historia de Utz-Colel es una leyenda mexicana.
- La historia del pescador y el empresario es un cuento popular en el cual las nacionalidades de los protagonistas varían en las distintas versiones.
- Cody Brocious es un *hacker* de *Mozilla Corporation* y presentó su descubrimiento en *Black Hat 2012*.
- Las noticias presentadas tienen base real pero fueron adulteradas.
- Ningún chancho fue dañado durante la realización de esta novela.

Agradecimientos

- A mi esposa Cecilia, compañera de viaje en las historias de este libro que no son inventadas.
- A los lectores de los primeros borradores de esta novela: César, Milton, Joel, David, Santi y Marilina.
- A quienes apoyaron este proyecto comprando el libro en preventa: Laura Casado, Joel Lorenzatti, Antonio Negro, Leonardo Martínez, César Portela, Tomás Bracalenti, María Diamantina Paredes, Margarita Guadalupe Garau, David Capello, Emanuel Herrmann, Pablo Ramos, Adrián Staffolani, Leandro Rojas, Raúl Conti, Susana Romaniz, Mariano Mara, Santiago Arguilla, Susana Garau, Brigida de Perotti, Bárbara Yunges, Luciano Bello, Pablo Addante, Milton Pividori, Nicolás Javier Guimar, y Manuel Kaufmann.
- A la asesora literaria y correctora de lujo con quien tuve el gusto de contar para hacer que este trabajo alcance un grado de corrección muy superior al que aspiraba: Lis Gariglio.
- A ti, lector, por haberme leído. Incluso tal vez hasta compraste este, un libro invisible, autoeditado. Si te gustó, te pido algo más: ayudame a difundirlo. Prestalo o, si sos más moderno, sacate una foto con el libro y compártala con la dirección de la web del libro (<http://www.juanjoconti.com.ar/xolopes>).